

## Presentación bio-bliográfica de Fernando Miguel Pérez Herranz

**Antonio de Murcia Conesa.** Universidad de Alicante

El pasado 11 de noviembre, en la Sede Universitaria de la ciudad de Alicante, el filósofo Fernando Pérez Herranz dio una conferencia titulada: «Derechos humanos: entre los derechos de Dios y los derechos de la Naturaleza», dentro del ciclo Filosofía en abierto IV, organizado por el Aula de Filosofía de dicha institución. Excusa buena como cualquier otra para echar la vista atrás y exponer a modo de nota bio-bliográfica el contenido del exordio.

Presentar a Fernando Miguel Pérez Herranz es siempre una tarea grata, por su triple condición de amigo, filósofo y profesor. Nada diré sobre su amistad y la generosa alegría que regala a sus amigos y amigas pues estos ya la conocen bien.

Hablaré primero de Fernando como profesor y luego como filósofo, a sabiendas de que ambas facetas vitales e intelectuales son difícilmente separables.

Fernando fue durante muchos años profesor titular de filosofía en la Universidad de Alicante, en la licenciatura de Humanidades. Su trabajo académico fue decisivo para organizar y consolidar estos estudios, siempre amenazados por los celos administrativos. El diseño de contenidos con los que desarrolló sus cursos y el programa que propuso para el grado que sucedería a la licenciatura, dio una coherencia rigurosa no sólo a las materias de Filosofía, sino también al conjunto de la titulación.

Sus años al frente de la filosofía universitaria de Alicante contribuyeron de manera excepcional a difundir en la ciudad el debate filosófico contemporáneo. No sólo en el campus, también en esta Sede Universitaria urbana y en instituciones como la hoy desaparecida Obra Cultural de la CAM, Fernando nos permitió contar con la presencia y el discurso de filósofos como Gustavo Bueno, Jesús Mosterín, Víctor Gómez Pin, Carlos París, Ignacio Echevarría, entre muchos otros, y con científicos de la talla de Juan Luis Arsuaga o Margarita Salas. Sin duda, junto a la vocación docente de Fernando, que no se ha limitado nunca al recinto de las clases, su curiosidad ilimitada y su consecuente actividad investigadora, nos permitieron celebrar eso que hoy

llamamos no siempre con precisión, *interdisciplinarietà* y que constituye la esencia del saber filosófico, siempre atento y casi en lucha con otros saberes, como, en su caso, las neurociencias, las matemáticas, la poética o la historia.

Por eso presentar a Fernando Miguel Pérez Herranz como filósofo no es una fórmula convencional, habitual para referirnos a quienes ejercen la docencia de la filosofía. Fernando es filósofo entre otras razones porque ha dedicado y dedica buena parte de su vida y de su tiempo a la creación de conceptos, o, lo que también es lo mismo, a su recreación, a partir de un paciente y entusiasta proceso de eso que convino en llamarse análisis y síntesis, *diáresis* y *synagagé*, y que otros —Kant incluido— llamaron *regressus* y *progressus*. Sus textos filosóficos, como sus clases, exigen al lector que dé también sus pasos, sin ahorrarle las dificultades del camino ni llevarle por atajos fáciles. Su formación matemática le ha ayudado en ese empeño, pero también su condición de lector incansable. El filósofo Pérez Herranz ha transitado, subido y bajado todos los caminos y las ramas canónicas de la filosofía: la estética, la ética, la antropología, la gnoseología y la ontología: ésta última, la ontología, ha sido y es en su obra una piedra angular, o más bien el horizonte y el fondo hacia y desde el que, por mucho que algunos la eviten —o precisamente por ello—, el filósofo debe regresar y progresar. Por eso, desde sus primeros trabajos, lejos de colocarla en un pedestal flotante, Fernando sitúa siempre a la filosofía en el difícil espacio crítico, que, como una grieta, se abre entre la ideología, el mito y la ciencia.

La obra de Fernando, en sus dos etapas, ha desplegado una cartografía para navegantes del pensamiento decididos a recorrer, medir, roturar y reinventar ese espacio. Hablo de «dos etapas» porque quienes lo hemos seguido apreciamos, sin perjuicio de su continuidad, dos formas de producción filosófica que casi coinciden, biográficamente, con el antes y el después de su jubilación como profesor. Su diálogo riguroso y apasionado con la ciencia presidió el inicio de su escritura filosófica, que cuajó en una imponente tesis doctoral dedicada al estudio de la topología de René Thom. Su profundización en la topología inscrita en la teoría de las catástrofes y su aplicación a una original teoría espacial del lenguaje, que suscitó el entusiasmo de eximios lingüistas y teóricos de la poética, fue simultánea a su inmersión en el materialismo de uno de sus mayores maestros, Gustavo Bueno. La minuciosa y lúcida lectura de la magna obra del filósofo de la Universidad de Oviedo, *Teoría del cierre*

*categorial*, a la que dedicó probablemente más atención e interpretó con más sutileza que muchos miembros de la escuela ovetense, fue sin duda un extraordinario motor para el despliegue de un pensamiento lógico-matemático orientado al replanteamiento radical de cuestiones claves de la gnoseología. Fruto de esta trayectoria filosófica fue una cantidad ingente de artículos en docenas de publicaciones especializadas, de las que habría que destacar, por el papel que desempeñó en su momento para la implantación de la filosofía en el espacio público, la revista *El Basilisco*. No pueden olvidarse trabajos de referencia sobre la matemática en Platón, la idea de Ciencia en Grecia y otros muchos jalones de la historia de la filosofía y de las ciencias en obras colectivas y monografías. De éstas destaca sus *Articulaciones naturales de la filosofía*<sup>1</sup>, que, a modo de iniciación para estudiantes universitarios, encerraba una interpretación filosófica brillante, original y, seguro que para más de uno, provocadora de la historia de la filosofía. Otro tanto puede decirse de sus libros sobre Lógica que, escritos bajo el etiquetado de manuales para humanistas, presentaban una novedosa visión de conjunto de la disciplina y sus implicaciones filosóficas, felizmente libre de los hábitos escolásticos esclerotizados en los manuales al uso.

La segunda fase de la producción filosófica de Fernando, cuyo inicio es muy cercano al de su jubilación como docente, es también una fase de casi febril producción libresca. El horizonte de ésta ya estaba anunciado desde hacía algunos años, sobre todo a partir de la sacudida intelectual que para muchos supusieron algunas derivas del materialismo filosófico, coincidentes con contextos más o menos determinantes de la vida intelectual y política española. En todo caso, lo que Fernando ha hecho e intenta hacer en sus últimas obras puede enunciarse como una radical reinterpretación del sujeto moderno a partir del sujeto hispánico, lo que lleva consigo la trituración de algunas imágenes ideológicamente hegemónicas de aquél, a partir de una reidentificación y redefinición de éste. Lejos de emprender un estudio de esencias, tan caro a quienes se han embarcado en tareas sólo en apariencia semejantes, Fernando ha asumido siempre el carácter fenomenológico de esta navegación. No es este el lugar para abordar su recepción de los postulados fenomenológicos acerca del yo trascendental expuestos por Sánchez Ortiz de Urbina, en discusión con algunas tesis

---

<sup>1</sup> *Árthra Hê Péphiken. Las articulaciones naturales de la filosofía*. Alicante, Publicacions Universitat Alacant, 1998.

del materialismo filosófico. Pero sí conviene en una presentación como esta subrayar que la perspectiva fenomenológica es imprescindible para Fernando en la medida en que su reexposición del sujeto exige el análisis e interpretación de aquellas formas ontológicas e históricas, que subyacen latentes, a eso que desde el siglo XIX se llaman *representaciones del mundo*. La empresa exige lidiar contra el encubrimiento, si no la disolución de tales formas —y con ella la deformación de sus sujetos— bajo el engrudo de las ideologías. Y en esto la crítica histórica es un momento clave de la crítica filosófica. *Lindos y tornadizos*<sup>2</sup>, el ensayo que ganó el VI Premio Juan Andrés de Ensayo e Investigación en Ciencias Humanas hace unos años, fue la primera muestra conspicua de esta crítica. Poco después, *Ambiguus Proteus. Valor, exceso y morfología*<sup>3</sup>, desarrollaba argumentos del libro anterior, pero dedicando una amplia y minuciosa reflexión a las fuentes e implicaciones filosóficas del proyecto. Esta voluminosa obra de más de 600 páginas encierra a su vez otras obras, que bien pueden leerse de manera independiente, aunque no adquieren todo su sentido si no es en una lectura, ciertamente difícil y al mismo tiempo gozosa, de su trabado conjunto.

Contra la teología de la historia de la que siempre resulta tan difícil salir, especialmente a los que creyeron haberla superado (*v.gr.* Heidegger), la filosofía de Fernando reconstruye la memoria (más ontológica que psicológica) sustraída de un sujeto, que presenta las formas de un, o más bien del, resto excluido; resto no sólo de los discursos filosóficos hegemónicos, luego ideológicos: también del programa de la Modernidad triunfante.

En este sentido hay que entender el último libro, nacido de un encargo entre amigos, de un intento por dilucidar en común los enredos, contradicciones y aporías de una parte de ese programa que conocemos bajo la rúbrica de los Derechos Humanos. Con el título *El esclavo, sombra de su señor*<sup>4</sup>, Fernando ofrece al lector un taller para que piense un conjunto elaborado de variaciones en torno a los derechos humanos, sostenidos en una combinatoria matemática y un potente imaginario ético y cultural, de nuevo comprometida con los restos, a los que dedica una atención especial cuando rescata

---

<sup>2</sup> *Lindos y tornadizos. El pensamiento filosófico hispano (siglos XV-XVII)*. Madrid, 2016.

<sup>3</sup> *Ambiguus proteus. Valor, exceso y morfología*. Madrid, Brumaria, 2019.

<sup>4</sup> *El esclavo sombra de su señor Variaciones en torno a las declaraciones de Derechos Humanos*. Oviedo, Eikasía, 2021.

para el pensamiento la figura de los mansos de corazón, el derecho de la mansedumbre y la sumisión, que a buen seguro provocarán la perplejidad del lector.

También la perplejidad —Fernando lo sabe— y acaso más que el asombro es la condición primera para adentrarse en la filosofía. Por eso su estilo a veces desatado y torrencial, otras cadencioso, casi tentativo; otras irónico hasta la melancolía y otras impaciente por que entremos al trapo de una vez... en cualquier caso siempre nos obliga a reconocer el valor filosófico de cargar con la perplejidad y trabajar desde ella y desde las aporías que la suscitan. El estilo y el punzón filosófico de Fernando nos enseña, para mayor perplejidad, que los problemas de la filosofía que más importan, puesto que son irreducibles a un principio único, exigen pensar siempre de acuerdo con principios. Por eso, afortunadamente ni él ni su potencia filosófica parecen tener un final.

eikasía  
REVISTA DE FILOSOFÍA